
ESCALA DE VALORES

La escala con la que valoramos las tareas y actos humanos, ha sido variable a lo largo del tiempo. En gran medida, si es que no en toda, viene impuesta por la sociedad, por esa especie de alma colectiva que poseen los pueblos y que está formada, en buena proporción, por ideales y creencias. En torno a ellos giran, hacia ellos se enderezan las aspiraciones y afanes individuales. Por eso, en el transcurso de los siglos, el hombre ha otorgado mayor o menor importancia al quehacer que iba a llenar su vida (lo que la gente sencilla, intuitivamente, llama llegar a "ser"), esto es, lo que constituirá su principal dedicación - cuando la opción es posible- y que influirá de forma acusada en la personalidad de cada cual, imprimiéndole un carácter y situándole en una consideración distintiva especial.

Esta valoración social, por consiguiente, nos da las pistas para conocer qué fibra, en un momento

dado, predomina en el tejido espiritual de una época, qué ideales son los que sobresalen y la definen, y rumbo a los cuales boga, tumultuosa y denodadamente, la anónima mayoría.

En nuestros días no hace falta ser un lince para ver por donde caminan las aspiraciones personales y, por consiguiente, qué metas se encuentran a mayor altitud en la hipotética escala. Sin duda que siempre ha sido "poderoso caballero Don Dinero"; hoy, además quien lo "amasa", o lo posee, es objeto de admiración y considerado como paradigma. En consecuencia, cualquier otra actividad que no persiga ese fin, o distraiga, o reste energías para llegar a él, se convierte en banal, cuando no absurda y torpe.

Pero esto, para los que tenemos una acusada vocación quijotesca, no es cierto. Existen acciones, tareas, afanes con valor superior a aquellas destinadas a conseguir el poder económico, o su equivalente, el político; no son los bienes cuantificables en moneda, pese a su fuerte seducción materialista, los que tienen capacidad exclusiva para llenar el ideal de un auténtico ser humano. En el mejor de los casos, podrían ser medio o instrumento. La búsqueda de

ellos, por sí mismos o por el confort o bienestar que produzcan, para cualquier inteligencia normal, no es suficiente. Son necesarias, se precisan de manera insoslayable, otras que produzcan satisfacción intelectual, emoción estética; otras con capacidad para inducir al ensueño, al sentimiento poético, al arrobamiento místico, a la emoción indefinible que sacude y estremece el alma sumergiéndola en una felicidad nunca sentida... Acciones, tareas, afanes que, por ser donación generosa, liberal, sin subterranas intenciones ni torcidos intereses, tienen un valor imposible de pagar con ninguna burda moneda; como ocurre con esta Peña y su ejemplar dedicación a promocionar nuestra Semana Santa y la saeta.

La admirable labor que realizan, robando tiempo al descanso, luchando contra la incompreensión, derrochando energías y cosechando preocupaciones, no puede tener otro premio que la propia satisfacción. Pero nosotros, al menos, debemos sentirnos obligados a mostrarles nuestro agradecimiento.

MIGUEL MOLINA RABASCO